

# Editorial

## La otra ola

El año 2021 ha traído nuevos desafíos para todos los que laboramos en el mundo psi. Luego de la ola de infecciones, restricciones y confinamiento la sensación de *discomfort* se ha generalizado y se ha transformado en una multiplicidad de síntomas psíquicos.

Hemos recibido esta ola en silencio. Con la cabeza gacha hemos reparado lo reparable tal como lo hacían los antiguos zapateros con las suelas gastadas de sus clientes. Algo en el piso de los humanos cambió en la pandemia. Ya no nos deslizamos como antes, algo atasca la caminata previa. La amenaza de un virus mortal ha modificado la habitualidad de la vida social. El acontecer se ha estancado y la fluidez se fricciona con la realidad tratando de encontrarse con el ritmo de antes. Esto ha desgastado las suelas del zapato. La suela que contacta el suelo, la interfaz entre yo y lo otro. Esa piel de la psiquis se ha desgastado, malogrado.

La piel que es el lugar del puro acontecimiento, como diría Deleuze, donde ocurre lo vivo y lo muerto, lo interno y lo externo, esa piel se ha adelgazado, se ha destejido mostrando su trasfondo. Se ha hecho vulnerable de algún modo con esta forma de vida forzada.

El confinamiento resultó una situación experimental para la humanidad, no hubo siquiera que firmar consentimiento. Se trató de

EDITORA GENERAL  
Patricia Cordella

SUBEDITOR GENERAL  
Juan Carlos Almonte

Escríbenos a:  
gaceta@sodepsi.cl

un experimento donde se pusieron dentro del tubo de ensayos: el aislamiento presencial de la red extrafamiliar con el aumento del contacto familiar en estrecho espacio más el incremento del miedo a morir y enfermar sumados con extensas jornadas de virtualidad lo que dio por resultado fracturas en la salud mental de parte de la población.

Es un tiempo donde hemos sido vulnerados por un extrahumano, terrícola como nosotros. No fue necesario que llegara del espacio la invasión temida. Un trozo de información proteica, esta vez sí omnipotente y omnipresente ha desmantelado un sistema, nuestro sistema. Nos ha arrinconado en nuestras cuevas, donde la suela podría estar de más, sin embargo al descalzarnos y mirar los zapatos pudimos observar el estado de esa suela, la piel psíquica que conecta con otros. Algunas necesitaban franca reparación otras no estaban tan mal, aunque pensando en que se volvería al ruedo común en algún momento bien podían requerir algunos ajustes. Parecía interesante preguntarse estas cosas al inicio del confinamiento mientras retomábamos hacer pan y ordenar los cajones de objetos rezagados. Pero los días pasaron y ese inicio de tranquila reflexión y esparcimiento familiar casi vacacional fue decayendo en su novedad. Inevitablemente aparecieron otros estados de conciencia.

El aislamiento forzado obligaba al cambio. Por ejemplo, hacerse cargo tanto de uno mismo como de los más pequeños. Hacerse cargo no solo de alimentarlos, asearlos, organizar sus clases sino, de algo

más que aparecía en uno y otros, del vacío. Ese vacío del que solemos escapar de muchas formas por confuso, oscuro, desagradable. Esa experiencia tan humana con bordes de aburrimiento y centro depresivo. Ese vórtice capaz de tragar el aparato mental completo y dejarnos sin procedimientos para pensar, sentir y dar solución al vacío mismo. Ese vacío que es también la incertidumbre y por lo mismo la probabilidad plena, el llamado “vacío fértil” expresado en un oxímoron fundacional. Claro que el vacío es fundamental como espacio para desear; claro que sostiene el sistema simbólico haciendo posible un sujeto articulable a la red del común estar. Pero, en este experimento global, el vacío se presentó sin advertencia. Sin invitación. No hablo del vacío simbólico que está siempre allí desde que el lenguaje nos aglutina sino ese otro vacío más indefinible, más hostigoso en sus reclamos, el vacío psíquico. Este vacío que es distancia entre la piel y algo que lo completaría. Algo que no se alcanza a percibir qué es. Algunos, más extraviados de estas definiciones, lo llenan con series en Netflix, con comida. Hay quienes duermen largas horas para no estar conectados con él o consumen drogas. Otros, buscando transformaciones que los alivien, llenan el vacío con pictogramas y nacen nuevos artistas o artesanos domésticos.

Para algunos, sin estar preparados para lidiar con los juegos retóricos del vacío, la demanda es excesiva y se declaran en estrés. Reorganizan sus actividades, buscan ayuda, ordenan sueño y alimentación. Esto parece

aliviar por momentos la desagradable sensación. Pero el vacío es incansable, le gusta expandirse y lo hace a través de sensaciones primero, preguntas después, protestas si no encuentra respuestas. Orada en la certidumbre, hace temblar la tierra firme que nos sostenía. Y esa tierra es a veces la propia relación de pareja. ¿No era allí donde el vacío se colmaba? ¿No era el piel- con- piel que nos libraba de todo vacío? ¿Tú y yo no éramos uno solo? Y comienzan los duelos, las transformaciones, si es que existen pausas para ello. Si la psiquis había permanecido en una tranquila existencia transitando entre acontecimientos propios y ajenos sin detenerse, (o tal vez, no sabía de detenciones), solo parar llama al vacío, vaciar el ritmo ya desacopla de un estar del llene.

Sin experiencia en administrar ese vacío, la piel puede ser tensionada y como una membrana que se estira más y más desgarrar sus fibras elásticas hasta hacer disminuir su capacidad de adaptación y entonces, ocurren los síntomas.

Duele el vacío, molesta, confunde. Por eso se quiere retornar a llenarlo como antes. Retornar a lo anterior, si, retomar a lo que llamábamos normalidad. Pero la normalidad parece haber cambiado.

El experimento ha dejado en evidencia qué ocurre con el aislamiento. Que lo social es el lugar donde se organiza algo similar a una piel. Una frontera de intercambios viva. Un lugar donde acontece lo vivo, donde lo vivo toma una expresión posible. Un lugar para cuidar. Como nunca el incremento de la patología mental durante la pandemia

muestra que la mente es un campo de interacciones y no una pieza secreta de pensamientos y fantasías inconfesables.

El encuentro social que permite el movimiento del deseo y los juegos de identidad no pudo seguir llenándose de lo antiguo. Con la prohibición de salir se acabaron los cafecitos en mercados iluminados, sonoros y perfumados; el alcohol compartido luego de la pichanga. Apareció el *indoor*: la planta, la mascota, la familia, uno mismo. Así, sin suela, piel con piel. Y los vacíos entre una superficie y otra. La intensidad familiar con su cara a cara presencial constante y sin escapatoria han sido una experiencia límite. Un *reality*. Encontrarse tanto a toda hora ha beneficiado a los de mayor ansiedad de separación, así como ha complicado a los desligados.

El miedo buscó somatizarse en los temas circulantes: el virus, el aislamiento, la economía, la familia. Al miedo nunca le falta sustrato para hacerse presente y con él los síntomas derivados de la angustia, la ansiedad, la depresión.

Por otra parte, la virtualidad hizo lo suyo en la tierra fértil de la ausencia y el vacío. El mundo se hizo presente a través de una pantalla. Las redes sociales lo traen transformado. Mucho diseño en Instagram, mucho infierno en Twitter. Los otros, allá detrás de la pantalla tienen dos dimensiones. Son reconstrucciones digitales, pero eso lo obviamos y le prestamos mente para reconstruirlos y hacerlos presentes de alguna manera en nuestra conciencia. Esta operación nos ha servido para seguir atendiendo on-line.

Hemos redefinido al paciente, su contexto ya es parte del examen mental que practicamos. Vincularse a través de una pantalla se ha transformado en una habilidad más de nuestra profesión. Y la pregunta ¿me ves? Así como las expresiones “se congeló la pantalla”, “se cortó la comunicación” son metafóricamente relevantes. ¿Entre qué entidades se ha cortado el flujo de conexión? Quedando en evidencia que estamos operando en la disociación mente/cuerpo. El otro es más mente que nunca y ofrecemos un contacto más semántico que somático lo que probablemente traerá nuevas conceptualizaciones del Inter subjetivismo virtual. ¿Cómo se constituye un sujeto contemporáneo desde un cuerpo inmóvil frente a una pantalla y una imaginación aturdida por imágenes construidas por otros?

Nuevas reflexiones, experiencias, evidencias podremos compartirlas en la Gaceta de Psiquiatría Universitaria. En esta revista se seguirá ofreciendo un espacio para pensar lo humano, para el quehacer *psi*. Podremos dialogar sobre estos derroteros, aprender unos de otros. Para eso contamos actualmente con el generoso aporte de colegas que hacen la revisión de pares de los artículos enviados a publicación. Esto ha enriquecido cada artículo sumando un trabajo colaborativo entre revisores, comité editorial y autores que esperamos vaya incrementando la calidad de estas comunicaciones.

Con ánimo y deseos de seguir siendo una revista dispuesta a poner el oficio en cuestión los invitamos a leer el número de junio de 2021. ■

Patricia Cordella, editora

GACETA DE PSIQUIATRÍA UNIVERSITARIA

ISSN: 0718-1981

DIAGRAMACIÓN: Marcelo Leñam B. (editorial Ofqui)

DISEÑO: Estudio Feria

gaceta@sodepsi.cl